

FUTURO

REVISTA MENSUAL

DE CIENCIA, SOCIOLOGIA Y LETRAS

MONTEVIDEO

NOVIEMBRE DE 1904

Año I

*

*

Oficinas: Cámaras 227

*

*

Núm. 5

Quiero hablar del dolor...

Algunos hombres me clavan los ojos en el rostro con toda suma de intereses; y es tal la fuerza penetrativa de sus miradas que nunca acertaron á tener noticias de mis sentimientos.

Entre estos hombres hay médicos, psicólogos, innovadores sociales, literatos, poetas y otros « directores » de la salud pública de los pueblos — y todos me hablaron de sus preocupaciones profesionales, convictos de que mi espíritu podía mirar con atención toda la puerilidad que á sus manías de oficio se les ocurría exponerme, con verba más ó menos propia, pulida ó seleccionada.

Que un hombre, yo, podía estar oxidado de dolor, jamás fué ni una mera hipótesis para ellos.

¡Y qué poquita cosa, cuando el sufrir ahoga, representa esa caterva de cura hernias, de zahoris baratos, de ayuntadores de términos y de rimadores glaciales, cuyo discurso se escuchan sin distinguir si el oidor es un hombre, un poste ú otra cualquier cosa!

Pero lo que en pluralidad de ocasiones he observado es que la inmensa mayoría de esta *élite* social se afana, con violento esfuerzo, por encontrar el adjetivo en perpetua ausencia, maltratando la imaginación y haciendo toda clase de gestos para exponer una idea, siempre malparida ó elefantisiaca.

Misero y todo el pobre adolorido, ¡cómo sonrío conmisericordia ante miseria tan extrema!

Y el progreso de las cosas reales, ¡cuánto pierde en este vano agitarse por el vocablo! — ya que en palabras, sólo en busca de ellas, se va la acción, y aún la concreta concepción.

Se me aproxima uno que me conoce, y me habla.

Yo para él represento una célula (él cree que el universo entero) del mundo.

Sigue hablando, sigue y concluye; después se marcha, sin saber cómo estoy, ni qué pienso, ni quién soy.

Se va: cree que él es esfera y contenido, si acaso no presume que fuera de sí nada existe.

Mi costumbre es otra: tomo como prógimo mío al que se me avvicina; le admito por algo hermano cuyas alegrías y tristezas y dolores debo conocer, y, después, si poseo la facultad ideativa (para él sólo, para mí ó para los dos) le expongo esto, aquello, lo que conviene, lo que es, etc.

Es así como yo estoy con él y él conmigo; de otra suerte la sociedad se reduce á un bajo contrato entre mercachifles, cuestión de negocio y utilidad y no de afección y de simpatía.

No está mal que la persona económica se forme, ya que, esta persona, sirve á veces de preceptor á la embrionaria persona moral; pero que aquella llegue hasta enfundar el espíritu en metálico saco es tomar al mundo por mercado de frutos y equivocarse el medio con el fin.

Un espíritu acorazado contra el ageno dolor, llega, por tedio, á no ver objeto alguno final de su vida.

Insensible, no deseando de otra parte sentirse próximo al sufrimiento humano, se afanará en sus asuntos con ahinco de egoísta empedernido; se casará, formará hogar, introducirá — no la dicha — la indiferencia por todos los rincones de su edificio, y, al fin, malgrado sus esfuerzos, caerá en el hastío.

Y en su hastío llevará su dolor; porque el dolor, que no la dicha, mora afuera, y crece; y lo de afuera entra adentro, á casa, y atácanos en nuestras últimas trincheras: nosotros mismos!

Que es el dolor una epidemia — de etiología social — de la que hay que preservarse, no huyendo del apestado sino salubrificándolo, reconfortando al débil, elevando al caído, dando oriente al extraviado ú ofreciendo al sediento la copa que su espíritu reclama.

Porque las almas torturadas por el contraste, tiran á ser, no contrasociales sino antisociales, pues no hay como el sufrimiento para tonificar y vigorizar dientes y uñas... ni para anegar los sentires en aguas más salobres.

En la mujer apaga los escrúpulos; si tempranamente sufre, hasta el pudor se le atrofia, y, más tarde, apenas si los más inma-

nentes y primordiales instintos superviven rudimentarios, navegando en plenas aguas sospechosas, con inclinaciones turbias...

En los hombres, la agilidad mental para el mal toma proporciones gigantescas, y tanto mayor es la desesperación cuanto más grande es la audacia.

Los grandes dolores perduran apesadumbrando por virtud de la memoria; y los anhelos sentidos para salir del sufrimiento, subsisten latentes, con su carácter antisocial, retenidos también por la memoria de los dolores.

Son desgracias infinitas, revolucionadoras de la persona moral, que monomaniatizan empecinando á dar solución, y á toda costa, á lo que por varias contingencias aparece, ó es, irreparable.

Estos miserables caballeros del dolor, atendidos á tiempo, consiguen detenerse quizá al borde del delito, aunque continuamente impregnados de los vahos dolorosos, sin mitigación, con *aquellos* que asciende y descende desde el vientre al pecho, á la garganta, ventoleando todo el sistema, nervios, sangre, cerebro...

Yo no soy pesimista, ni optimista tampoco, porque aleccionado, provechosamente, por la vida, sospecho de todo; pero como amante de la verdad, y de los hechos, compruebo que hay más dolor repartido que dicha en haber.

Los paganos, en su afán de vida intensamente gozada, comprobaban el dolor; y los cristianos, ansiando que nos elevásemos sobre las miserias terrestres, documentaban el sufrimiento; «De verdad que es prudente—dice Kempis—el que mira como basura todas las cosas terrenales».

Es seguro que hay una edad en la que el dolor produce estragos imperecederos, la de los treinta años; como si al doblar el cabo de la vida llegásemos á una máxima intensificación de las emociones.

Es cuando nuestras desgracias se aparecen como irreparables, no hallando, á la desdicha de vivir, compensación; todas las cosas perdieron su alma; el sol mismo parece que no calienta, y los hombres y los objetos que pasaron sólo se rememoran para mayor desengaño y pesadumbre.

Larra, á los treinta y dos años, se sintió incurable y se despidió del mundo del dolor mediante un pistoletazo en la cabeza, y, más ó menos, á tal edad, Byron, de Musset y Espronceda recogían cierta buena dosis de agonía, lo mismo que Guyau: sufría, dice Fouillée, *honestamente* la desgracia de vivir sin esperanza...

El dolorido siente una voluptuosidad es-

traña en tornarse un taciturno amante del silencio, como si temiese de la sonrisa de la indiferencia, que es fría y egoísta, el reproche de la cobardía.

En el silencio, por otro lado, va la comprensión de que la palabra nos aleja de la realidad, que aun los que saben hablar más profundamente, asegura el místico belga, son los que mejor sienten que las palabras á veces no expresan nada...

Y cuanto más hondo es el dolor más lo guardamos en la «eternidad del silencio».

Hablen, pues, otros de la dicha de vivir — para eso «la palabra nos aleja de la realidad» — que yo, buen catador de secretos sufrimientos, tanto propios como ajenos, miro las dichas de la vida como estados de sueño, desvariaciones, palabras y palabras...

Las almas aun están envueltas en la carne de los intereses: lo práctico y lo no práctico inmergen más y más — hasta soterrarlo — el espíritu puro de la hermandad y de la amistad.

Yo, cada vez que veo ó intuyo una acción avara, supongo que el alma del que la ejecuta descende, abochornada, á los lugares donde la conciencia no existe, como no queriendo tener arte ni parte en los actos que manchan — si no socialmente en el sentido de la moral absoluta.

Hablan más con los hombres los que con sus espíritus, evocados, hablan.

En mis prisiones, á veces rodeado de estupradores, ladrones y asesinos, observé que el hombre requiere para vivir en la bondad sólo una cosa: la presencia del alma.

Nadie á los somnolientos ó adoloridos les habló de la bondad, porque para ello se necesita la virtud de hablar con las almas y no con los cuerpos.

Yo he visto mansos á los feroces, á los impúdicos recatados y á los repugnantes inefables y simpáticos, á pesar de sus crímenes, porque les hablé del dolor que ofusca y de la bondad que levanta, y sus almas, inocentes de toda delictuosidad, irradian en sus cuerpos — en muchos quizás por primera vez — saturadas de luz y de silencio...

El juez, á veces, posee esta virtud; por eso muchos reos suelen ser llamados á comparecer, y aprenden á llorar, gracias al espíritu que anuncia su presencia.

Los individualistas tienen un desprecio soberano por todo aquello que se coloree con las tintas de los crepúsculos: el dolor, la melancolía, la miseria...

El criminal mantiene idéntica anestesia para con su víctima; y el uno, Nietzsche, proclama el triunfo de la «fiera rubia hermosamente feroz», mientras el otro, el asesino, ejecuta «la ferocidad hermosa», *le beau geste*...

Prefiero los místicos ascetas, llenos de penetración, de instinto social, hasta de intuición científica: ellos ven el alma de las cosas, de los niños, de los réprobos...

Un ser humano que llora, conmueve; pasar sobre él con el gesto del «hombre rubio» es no sentir el instinto de la especie, que es de respeto, conservador, sensible, espiritual.

La fuerza no está en la dureza; la mejor máquina de hierro, en movimiento continuo, dura menos que el hombre, que también guarda, *fuera de sí*, una máquina.

No sentir es no vivir, y el que no se

De la sed de saber

A todos nos acomete, desde la infancia, y buscamos su satisfacción en la clara fuente que surge, inagotable, envuelta en un murmullo de besos, de los labios de nuestras madres.

Entonces, las revelaciones del misterio que nos empieza á rodear, se nos aparecen como fulguraciones celestes, como suaves auroras que se abren paso, de repente, entre las densas tinieblas de la noche que nos llena de un miedo incomprensible. El *por qué* y el *cómo* están en nuestros labios, y cualquier respuesta nos satisface, tanto más, cuanto ella esté más rodeada de poesía y de inverosimilitud. Somos como hambrientos humildes y dulces, que venimos á golpear á las puertas del arcano y besamos, arrobados de amor y de agradecimiento, la misteriosa mano que aparece por la puerta entreabierta y nos alcanza cualquier cosa... Más tarde, cuando nuestras primeras ansias fueron satisfechas, el hambre se vuelve más exigente, despreciamos los más sabrosos alimentos, y nuestra blasfema boca muerde la amorosa y paciente mano que eternamente nos alarga la divina limosna de luz.

¿Cuándo empieza el *dolor* de saber? En qué parte de la vida se encuentra la línea que nos separa de la inconsciencia, del *no dolor* de saber?... ¿Han contestado los sabios á estas formidables preguntas? ¿Han dado una respuesta categórica á esta interrogación? Ellos han observado la manifestación exterior y nos han dicho, prudentemente, que el fenómeno se presenta ante nuestros ojos en tal época de nuestra vida, y nada más.

¿Y más allá del fenómeno tangible, no existe este mismo anhelo, en un grado inferior, que á nosotros no se nos muestra, pero que sin embargo cumple su obra en la vida universal?

Nos detenemos á reflexionar. Vemos nuestra vida. Serenamente desandamos, con nuestra imaginación, los pasos innumerables que dimos en el tiempo, y dulcemente volvemos á vivir los suaves días de la adolescencia, y

ablande ante el dolor ajeno no será apto para la dicha, ni para las emociones de orden interior, ó estéticas.

En fin: la divisa que os recomiendo para vuestro escudo, no será cristiana ni de abdicación personal:

HACEOS HUMANOS, QUE NO LLEGARÉIS Á DEMASIADO HUMANOS.

FÉLIX B. BASTERRA.

(De un libro en preparación).

las gárrulas horas de la infancia. Encontraremos que siempre, á los lados del camino, flanqueado de jardines deliciosos, las interrogaciones se levantan como sombras hostiles que pretenden cubrirnos las maravillas de los paisajes coloreados de suaves tintes de ensueño. Y cuando llegamos á los límites primeros de nuestra vida, á esos lugares indecisos envueltos en la bruma de lo inconsciente, y tanteando, con paso vacilante, abriendo enormemente los ojos del recuerdo para ver, desgarramos un girón de la niebla espesa, vemos en la lejanía del tiempo la interrogación que se nos presentó á los ingenuos ojos infantiles: una noche clara, los brazos amorosos de nuestra madre; allá arriba, en el cielo azul, una naranja celeste que irradia luces de plata, y en nuestros labios sonrientes la pregunta, el *por qué* que surge, cándido y curioso, como una mariposa que sale de su crisálida y vuela por el espacio, ebria de sol.

Y hasta aquí, el recuerdo. Pero, ¿y más allá? ¿Llegaremos á explicarnos algún día el proceso psíquico del embrión que se estreche en las tinieblas de la vida fetal? ¿Sabremos alguna vez si en realidad esos movimientos del ser que comienza, no son manotazos de un alma que quiere deshacer las sombras de un misterio que siente que le rodea; para buscar el rayo de luz revelador del *por qué* se le ha llamado á entrar á la gloria de la vida?...

¿Y más allá aun? ¿Será posible que, en la infancia de la organización, en la planta que bebe la claridad, en la hoja de acanto que vuelve amorosamente su cara al sol, en las moléculas del agua que buscan el equilibrio, en el monismo de la materia, en fin, palpité en forma embrionaria ese espíritu divino que en el hombre se manifiesta en sed de saber?...

¿Es que nosotros podemos responder á este hondo misterio con un *no* ó un *sí* pedantesco? Nos vemos, nos oímos, nos comprendemos, y dentro de nuestra relatividad, constatamos que la ansia de saber pertenece

ce solamente al cerebro humano. Comprendemos todo lo que en la relatividad de nuestra vida se nos presenta bajo la evidencia de los sentidos, pero, ¿tenemos los sentidos de los animales ó los sentidos — llamémosles así, — de la célula, para *ver* en el misterio de sus respectivas vidas?...

¿Dónde vamos con esta inmensa sed de saber que nos devora el alma? Saber, saber cada vez más, ese es nuestro anhelo... Inventamos millones de teorías, lanzamos á la inmensidad de lo desconocido las flechas de oro de las hipótesis y con nuestra mirada febriciente, al débil fulgor de esa chispa perecedera, tentamos sondear las espesas tinieblas de lo que aún no sabemos. Y generalmente, después de habernos asomado á la ventana para penetrar la sombra de esa noche sin amanecer, volvemos atrás la cabeza enloquecidos, y lanzamos una verdad á los cuatro vientos de la tierra, donde pululan ejércitos de fantasmas desprovistos de oídos para recojer los rumores del viento que canta, todas las mañanas, la eterna victoria de la luz sobre las tinieblas...

Aumentamos todos los días el tesoro de nuestro saber y, como el avaro que á medida que acrecienta su caudal, más anhela poseer, en la febriciente ansia de acumular conocimientos, la magnitud de la inmensa montaña de verdades que vamos formando á nuestro lado más nos alienta cuanto más crece. ¿No llegaremos algún día á sentirnos pléticos de saber y á sentir que nuestro cerebro no podrá sistematizar ni siquiera los elementos de tantas ramas nuevas que surgirán del viejo y eterno tronco de la Sabiduría?

Nos admiramos de Thales, que resumió los conocimientos vagos y dispersos de la antigüedad: vemos en Aristóteles un genio porque en su cerebro dió unidad á todo el saber científico que existía hace dos mil años... Con esto á la vista, ¿podemos imaginar talentos que lleguen en lo futuro á unificar la inmensidad de datos científicos que existirán? Cierto es que en los organismos complejos el trabajo se divide entre todos los órganos y que á medida que aumenta la complejidad, más se especializa el trabajo de cada parte. Siguiendo este orden de ideas, ¿hemos de creer, pues, en una remota humanidad de obreros dedicados ca-

El arte es para el hombre

La finalidad atribuida al arte es indudablemente una de las cuestiones más debatidas; como que ella encierra el *alma-mater* de la crítica artística.

Por mucho tiempo hemos vivido del falso

da cual á una labor particular y construyendo, con su respectivo trabajo, un todo armónico y maravilloso? Ellos no podrán seguir en sus complicaciones el movimiento del mecanismo que hará marchar á la inmensa y compleja sociedad, pero en cambio tendrán la divina alegría de mirar el conjunto portentoso. Verán el resultado de la suma, sin llegar á conocer la intrincada trabazón de los factores.

¿Y acaso nosotros, ante lo desconocido, no estamos colocados en análoga situación? ¿No nos hemos conformado, después de dos mil años de locuras metafísicas, con admirar el fenómeno, incapaces de descifrar el misterio impenetrable del noumenos?

Pensad en lo horroroso que sería el estado de un mundo donde no se sintiera la sed de saber. Imaginaos las torturas más espantosas que se puedan infligir á las carnes; pensad en los más hondos dolores de que pueda ser susceptible el alma humana, y nunca llegaréis á concebir un castigo más espantable que aquel que nos quitara del cerebro este divino tormento de saber que nos hace ascender hasta los dioses.

Pensar que en el mundo existieran auroas que nosotros miráramos con indiferencia; pensar que en los campos crecieran flores multicolores y perfumadas que nosotros pisáramos sin mirarlas, sin acercarnos á nuestro rostro para aspirar su perfume; imaginarse que nuestros niños se arrastrarían por los suelos como gusanos, sin llenarnos el alma de encanto con sus curiosidades adorables y sus gritos de alegría ante las revelaciones súbitas y radiantes; pensar que la vida toda no sería para nosotros ese divino misterio que nos estremece con su impenetrabilidad formidable...

¿Qué gran cosa es ser pequeños, ante el infinito de sombras que tenemos delante de nosotros! ¿Qué haríamos, qué seríamos, si fuéramos omniscientes, si no existiera ante nosotros lo desconocido que nos llena el alma de deseos, de terrores, de esperanzas, de ensueños, y ante la espantable negrura del cual nosotros, miserables luciérnagas desfavoridas, nos vamos acercando, acercando cada vez más, para ir acumulando en un solo haz todas nuestras humildes lucecillas, é ir al encuentro de la Noche, unidas amorosamente?...

EDMUNDO BIANCHI.

aforismo de Kant: «la belleza es una finalidad;» es decir, que el arte tiene en sí su propio fin, sin necesidad de buscarlo en otra parte; y se funda para ello en el desinterés que acompaña á la emoción estética,

que es la característica diferencial de lo bello frente á lo útil; de acá la absurda fórmula de «el arte por el arte».

Tal ha sido la teoría en boga aún dentro de la escuela evolucionista que reduce el arte, como lo bello, á un simple juego de nuestras facultades representativas. Schiller fué el primero que formuló esta idea, que el arte es por esencia un juego. «El arte supremo es aquel en el que el juego llega al máximun, donde por decirlo así jugamos con el fondo mismo de nuestro ser: tal es la poesía y sobre todo la poesía dramática». Añade Schiller, que así como los dioses del Olimpo, libres de necesidades, ignorantes de lo que es el trabajo y el deber, que son «Limitaciones del Ser,» se ocupaban en disfrazarse de personas mortales para juzgar las pasiones humanas; «así en el drama nosotros representamos hazañas, atentados, virtudes, vicios que no son los nuestros».

Guyau, el más esclarecido de nuestros pensadores modernos, se ocupa en su libro los «Problemas de la Estética Contemporánea» en destruir esta teoría sustentada por todos los evolucionistas ingleses, inclusive Spencer.

Guyau se pregunta si, aplicándose esta teoría de un modo exclusivo al placer de la contemplación pura del juego, queriendo desinteresarse el arte de lo real, de lo útil, del bien, favoreciendo entonces una especie de diletantismo en los unos, de idolatría exclusiva hacia la forma en los otros, no se llegaría fácilmente á desconocer el lado serio, profundo, y por decirlo así, *vital* del gran arte.

Según Spencer y los de su escuela, la idea de lo bello escluye: 1.º lo que es de *necesidad* para la vida; 2.º lo que es *útil* á la vida, y 3.º en general, todo objeto real de *deseo* y de *posesión*, para limitarse á un simple ejercicio, al simple juego de nuestra actividad de lujo.

En la opinión de Guyau, por el contrario, lo bello se relaciona, en suma, á la plena conciencia de la vida misma. La primera manifestación del sentimiento estético es, sin duda alguna, la necesidad satisfecha, la vida recobrando su equilibrio, el renacimiento de

la armonía interior, y en eso consiste la belleza elemental de las sensaciones. Lo agradable es el fondo mismo de lo bello, como lo útil es el fondo mismo de lo agradable. Vivir una existencia completa y robusta es ya, según Guyau, estético.

En síntesis, la belleza, lejos de excluir la idea de *deseo*, se identifica en el fondo con esta idea. El placer de lo bello está en íntima relación con el sentimiento de lo *útil*, la *necesidad* y el *deseo*.

«Bello y bueno son una cosa misma—afirma Guyau—y esta unidad visible en nuestros sentimientos se deja adivinar en los movimientos ó en las sensaciones. En vez de ser lo bello algo de exterior al ser, parecido á una planta parásita, se nos muestra como una florescencia del ser mismo, y la flor de la vida».

El verdadero arte, pues, deberá interesar indistintamente en la emoción, nuestro ser entero; esto es poner en actividad los tres elementos de la emoción realmente estética: la voluntad, la sensibilidad y la inteligencia. Debe ser, por consiguiente, muy material, muy realista, y al mismo tiempo, dará margen amplísimo á los *sentimientos* y á las *ideas*. Lo que en el arte es censurable es el juego de imaginación por la imaginación misma; es esa sucesión de inútiles imágenes que no se logran traducir en sensaciones intensas, en *ideas* ni *sentimientos*. Una mera ficción no sólo no es perdonable en arte sino que es de por sí mismo uno de los defectos que hacen abortar más fácil y frecuentemente toda obra, toda creación, si no es un símbolo intelectual ó moral, en cuyo caso toma desde luego un aspecto real, despertando *pensamientos* ó *sentimientos*. Nada menos estético que lo frívolo, la vaciedad, el arabesco y el color que tanto seducen y atormentan á la gran mayoría de nuestros pseudos literatos, artistas y poetas, que á fuer de masturbarse el cerebro, en busca del detalle olopelesco, al final engendran—como la montaña de la fábula—un ratón.

JULIO R. BARCOS.

Max Stirner

Wer ein ganzer Mensch ist, braucht keine autorität zu sein. — M S

II

5.—Max Stirner es anticristiano y anti idealista. Según él, el hombre moderno es un producto del error y de la superstición: su vida, su ciclo de desenvolvimiento, no representan hasta ahora ningún progreso positivo: como hace seis ú ocho mil años, es todavía un rumiador de creencias: cree en espíritus, en dioses, en teorías filosóficas, en principios morales—principios é ideas que no pasan de ser puras convenciones, más ó menos sutiles, pero fantasmas al fin.

A Edmundo Bianchi.

Todo esto existe en la imaginación del hombre pero no en la vida real.

¿Qué es el *espíritu*? Es simplemente el primer aspecto que se revela á nuestro sér íntimo; el primer nombre que damos á la divinización de todo lo que nos parece misterioso. El espíritu es el creador del mundo interior que pasó enseguida á vivir fuera de nosotros. Es fácil reconocer su presencia en tí ó en mí desde que se llega á constatar que cualquiera de nosotros alcanzó apropiarse de alguna cosa espiritual—el pensamiento por ejemplo.

Poco importa que el fenómeno haya sido sugerido: en efecto, no lo fué durante la infancia y mediante procesos que sería ocioso estudiar. Cuando la conciencia comenzó á sustituir al instinto en nosotros, ya estábamos esclavizados, y de tal modo que es casi imposible reconocer esa esclavitud, y menos aún abolirla.

El mundo espiritual es, pues, vastísimo, inmenso, y profundo como el propio Misterio. Pero, en suma, ¿dónde se halla tal mundo, si no dentro del mismo espíritu? El tiene que manifestarse; las palabras que él pronuncia, las relaciones por las cuales él se descubre, he ahí el mundo; he ahí toda la creación de que él es el propio creador. Del mismo modo que un extravagante no vive y no posee su mundo más que en las figuras fantásticas creadas por su imaginación; del mismo modo que un loco engendra en sí propio su mundo de sueños sin el cual dejaría de ser loco, así también el espíritu crea su mundo de fantasmas, y si no lo crea, no es espíritu.

Nosotros lo reconocemos por sus obras, que, hijas de su espíritu, no son más que espíritus, esto es, fantasmas. Tu celo se excita contra todo lo que no es espíritu; también te rebelas contra *ti mismo*... que no estás libre de un resto no espiritualizado. He ahí el fundamento de toda la construcción fabricada. En lugar de decir: «yo soy más que el espíritu», tu dices, muy contrito: «yo soy menos que el espíritu». El espíritu, el puro espíritu, apenas puedo concebirlo, pero yo no lo soy; y una vez que yo no lo soy, es que algún otro lo es, y es á este otro á quien yo llamo *Dios*.

El puro espíritu ha de ser necesariamente un ente encima de mí, pues yo no lo soy, y él puede existir solamente fuera de mí; y desde que ningún hombre realiza íntegramente la noción del Espíritu, claro es que el espíritu puro, el espíritu en sí, tiene que estar fuera de los hombres, fuera del mundo concreto y humano, no terrestre, mas sí celeste. De aquí en adelante, nada ya nos extrañará, de todos aquellos grandes absurdos de que se hizo toda la psicología humana. El hombre moderno no dejó, como el hombre de 6000 años ha, de ser *espiritual*: sus pensamientos, sus ideas, sus principios, sus creencias, son la esencia de su vida moral.

Max Stirner combate, pues, estos principios y estas ideas, que son los mismos fantasmas de la vieja teodicea, que la metafísica disfrazadamente erige en *cosa en sí, causa primera, finalidad última, origen, sustancia, providencia, bien en sí, absoluto, verdad, libertad, derecho, justicia*, etc. Tales principios, ideas, creencias, etc., hacen hoy el papel de las existencias misteriosas, otrora creadas por la imaginación, hijas del miedo. Y todo eso es, entretanto, lo que rige en el mundo como orden moral y, por ello, en toda la existencia humana. Los

fantasmas vinieron á tomar forma, casi á concretarse y á ejercer en el tiempo un dominio absoluto: ellos se llaman ahora: dios, derecho, verdad, justicia, etc.; antes llevaban el mismo nombre y por todas partes, por todos los rincones, encontramos esos fantasmas. Bajo el influjo de ellos, por ellos torturados, nosotros nos agitamos desesperadamente, como en una danza infernal, macabra. A los ojos de un espectador libre de obsesiones, el mundo parece una verdadera casa de locos.

6.—Compréndese que el hombre es una víctima inconsciente de sí mismo. Para que él rescate su libertad, es necesario que elimine sus supersticiones, entrando así en el pleno dominio de sí propio. Desde el momento en que destruimos los encantamientos, sentimos que se queda orgulloso y solitario, en medio de la vida, nuestro Yo. De todas las ilusiones nada nos queda y pasamos á vivir de la única realidad subjetiva que reconocemos: el Universo. Es entonces cuando comprendemos la armonía en que nos hallamos con la vida universal, y sentimos que, del mismo modo que en el universo el movimiento, la forma, el modo de ser, son determinados por leyes inmutables que se explican por la propia naturaleza de los fenómenos regulados, de igual modo sentimos que en nosotros no hay sino fenómenos necesarios—sensibilidad, inteligencia, voluntad—*instintos*...

7.—La filosofía de Stirner está construída, por tanto, sobre una crítica sabia, vehemente y fecunda—de las bases religiosas de la vida social. Pero, nótese que Stirner hace obra suya y—lo que es más admirable—obra nueva.

El no acepta el trabajo demoleedor de sus predecesores en la crítica de la historia y de la sociedad: para él la concepción del hombre, en el fondo muy religiosa en todos los pensadores—aún en aquellos que más pretendieron emancipar las conciencias—no pasa de una simple transfiguración de la primitiva creación teológica.

Toda la filosofía alemana de la primera mitad del siglo XVIII es un vasto é inmenso, pero estéril trabajo de exégesis. Entretanto, como dice Reclaire, esfuerzo contrario fué el que ejercieron los pensadores del siglo XIX en el intento de secularizar toda la vida social. En la propia patria de Hegel, el movimiento de reacción asumió proporciones tales, que no hubiera sido absurdo esperar la victoria completa de la razón humana. Strauss, Bauer, Feuerbach y Stirner, resumen toda esta obra de destrucción y de negación filosófica. *La vida de Jesús* de Strauss dió motivo á la *Crítica de los Evangelios* de Bauer, en cuya obra este autor destruye el carácter religioso del pensamiento cristiano, sustentado por aquel.

—Feuerbach, uno de los más notables entre los pensadores de la sabia Alemania, sucede á este con *La esencia del Cristianismo*, donde estudia en general las doctrinas cristianas y particularmente la teología como ciencia. Sin limitarse al papel de historiador del mito cristiano como Strauss, ó del espíritu evangélico como Bauer, estudia el cristianismo tal como éste se nos transmitió, limitándose á tomarlo en su esencia, desprovisto del tejido de mentiras, de contradicciones y de la mala fe en que la teología lo envolvió. De todo esto, sacó en consecuencia que, el ser infinito ó divino es el ser espiritual del hombre, proyectado por el propio hombre fuera de sí mismo y mirado como algo independiente... El hombre, es el Dios del cristianismo, la antropología es el secreto de la religión cristiana. Toda la evolución del cristianismo, no ha tenido otra tendencia ni otro fin que el de descubrir este misterio, humanizar á Dios y resolver la teología en antropología. Es llevando á Dios á no ser más que la parte más alta del ser humano, separada de este y elevada al orden de ser distinto, que la filosofía especulativa consigue dar ó restituir al hombre todos los predicados divinos de que él había sido arbitrariamente despojado en provecho de un ser imaginario. *Homo homini Deus* es la conclusión de la filosofía de Feuerbach.

Stirner se levanta, por último, contra todos. La primera parte de *El Único y su propiedad*, está consagrada á destruir la superstición científica. Feuerbach abolió á Dios, afirmando que el hombre es el ser supremo del hombre. Stirner vió en esta afirmación, también la huella del antiguo mal.

¿Qué será ese hombre de Feuerbach, elevado á la supremacía, si no un *nuevo dios*, un fantasma igual á los que se devanecieron? El filósofo,—dice Stirner—hechó abajo enérgicamente, todo lo que el cristianismo contenía en sí, pero no para destruir completamente, sino para apoderarse, por medio de un último y nuevo esfuerzo, del siempre anhelado ideal, nunca conseguido. ¿No será esto, entonces, un supremo esfuerzo, una tentativa desesperada sobre la vida y la muerte, y al mismo tiempo, la última convulsión del espíritu cristiano? El héroe ya no se esfuerza más en alcanzar el cielo, sino en atraerlo á sí, en forzarlo á hacerle bajar á la tierra! A semejantes inconsecuencias, Stirner, con toda la grandeza de su espíritu se opone, y da la formidable sentencia: «A eso respondemos: (que el ser supremo es el ser ó la esencia del hombre) que es precisamente porque es tu esencia suprema, es «su esencia»—y no «él propio»—que se vuelve del todo indiferente que la veamos fuera de él y que de ella hagamos la esencia del hombre, ó el Hombre. Yo no soy Dios ni el Hombre; no soy ni la esencia suprema ni mi propia esencia,

y en el fondo es una misma cosa la concepción de esencia en mí ó fuera de mí. Aun más: tal esencia suprema fué siempre concebida sobre esta opinión de un doble allá—el allá interior y el allá exterior; pues que, según la doctrina cristiana, el «espíritu de Dios», es también «nuestro espíritu» y «habita en nosotros». El habita en el cielo y habita en nosotros—nosotros no somos más que una morada. Ahora bien, si Feuerbach destruye su morada celeste, ó lo obliga á instalarse en la morada terrenal,—es decir, en nosotros,—pasaremos nosotros á ser habitación divina»...

Pero, Stirner, arrastrado por su lógica incontrastable, sale en esto del orden de su tema, pero como él mismo lo dice, esto no pasa de una simple digresión. Es más tarde que este gigante ha de tomar por el cuello á todos los pigmeos y les enseñará el camino abierto á la pura razón y á las conciencias emancipadas. Por tanto, enfrenando las ideas que hasta ahora vino profesando, escribe los capítulos sobre *El fantasma, Los poseídos, La figurilla* (símbolo de la locura), *La gerarquía*, capítulos en que fustiga todas las miserias, extermina los pre-conceptos, y derroca todo el falso mundo de las viejas filosofías y religiones. Sería preciso escribir un gran volumen para exponer con evidencia y precisión las ideas, el gran número de hechos históricos que Stirner expone é impone á nuestro intelecto.

8.—...En el capítulo III—*Los emancipados* ó libertos,—el genio de este hombre ataca al Estado como una nueva esclavitud nacida con el error y sostenida por la violencia.

En él, muestra cómo en el Estado es todo mentira, injusticia, hipocresía y perfidia de unos y cobardía de otros. Todas las supuestas conquistas de que se vanaglorian los libertos, son la misma mentira primitiva, porque en el fondo, todo lleva la señal de los viejos despotismos con que el hombre ha explotado al hombre. A las creaciones monstruosas engendradas según todas las fantasías del instinto, suceden los sistemas que Stirner engloba bajo el nombre de *castrocracia*; la Revolución destruye (?) esos sistemas... más bien dicho los hace chocar con conceptos nuevos, una infinidad de mentiras inéditas quedan en voga como aspiraciones del patriotismo fanfarrón. ¿Quiérense por ventura cosas más absurdas y ridículas que los dogmas de la Religión? Es la burguesía que triunfa y que abre la era del *liberalismo*. La burguesía pretendió haber eliminado los dioses antiguos y los antiguos señores... y entretanto, inconscientemente, proclamó otros señores y otros dioses. La tremenda obra de las revoluciones pasaba á ser obra del Estado. «Para el liberto—dice Stirner,—la religión es un negocio de corazón, es *su negocio* y á él se

consagra con un santo fervor». Lo mismo acontece con el liberto político: toma al Estado como su negocio, como el primero de sus negocios, aquel que entre todos, más suyo le parece.

Y todas las mentiras modernas, todas las torpezas del Estado, todas las miserias de la política, todas las necedades de la ciencia del estadista, caerán por tierra como cayeron las torpezas y las miserias anteriores al 1789. Sea el liberalismo político, sea el liberalismo social, sea el liberalismo humanitario, — todos los liberalismos serán destruidos. Y al fin de la 1.^a parte, Stirner coloca esta llave: «Si las hipótesis que han tenido curso hasta hoy, deben desorganizarse y desaparecer, es preciso que no se resuelvan simplemente en una nueva hipótesis apenas superior. como por ejemplo, el pensamiento, y así mismo la crítica. La destrucción de todo, debe ser provechosa para *Mí*: de lo contrario, la nueva concepción que surja de la destrucción de todo, traerá estigmas de la especie de aquellos que hasta el presente no declararon falsas las antiguas verdades y que apenas hubieron derrocado hipótesis erróneas, levantaron sobre las ruinas de estas, las no menos falsas de Hombre, Dios, Estado, Moral...

9. — En la segunda parte, comienza el filósofo su obra de reconstrucción sobre las ruinas de todo lo que devastara. Comienza por un capítulo cuya denominación, de por sí sola, da una idea general de las tendencias que van a caracterizar esa gran obra: EL ÚNICO Y SU PROPIEDAD. El título de esa segunda parte, es EL YO.

Estamos, por tanto, en presencia de una magestuosa mentalidad que, contra todo lo que nuestro siglo adora y contra todo lo que profesaron hasta hoy los más bellos representantes de la especie, tiene el valor de proclamar el egoísmo como la regla de vida más en armonía con los intereses humanos. Pero, veamos lo que es ese egoísmo. Stirner comienza estableciendo que, *no basta ser «libre», es preciso ser más, es preciso ser propietario. Ser libre es poco, por tanto, lo mismo por ser libre, ó la aspiración de la libertad, la simple aspiración en cuanto los preconceptos reinan, es tan ilusoria como todas las ilusiones de que estamos viviendo. Si hoy nos libertamos de un mal, es para caer bajo el dominio de otro. La libertad que el filósofo proclama, no es la que han proclamado los especuladores de la política: es la libertad positiva y es asiento de todo un modo de ser del individuo. En vez de libres, como quería Jesús — es preciso que seamos inocentes, impíos (sin Dios) é inmorales (esto es, sin moral). El cristianismo pretendió fundar la libertad, pero cometiendo la más*

deplorable inconsecuencia á que jamás fuera arrastrado el espíritu humano. Pues él, en la verdad os quiere *libres* y al mismo tiempo os *prescribe* reglas y subyuga todo lo que tenéis de individuo y absorbe toda vuestra conciencia.

Pero es claro que no porque fuese traída por el cristianismo, la libertad dejó de ser la más señalada tendencia y la aspiración más latente y más insensible de nuestra naturaleza humana. Ved, entretanto, la distancia que media entre la libertad cristiana, la libertad de las escuelas políticas, y la verdadera libertad, tal como nosotros la entendemos, — cualidad, atributo propio del *ser* que se asoma á la gran vida; del individuo que se emancipó, no en el sentido en que los políticos y los filósofos entienden la palabra *emancipar*, pero sí en el sentido que nosotros le damos — completa *desubalternación* de la voluntad individual. Y es por eso mismo, para que no se confunda con la inanidad del estéril y ciego empirismo, que gobierna todavía á los hombres, es por esto mismo que preferimos, para designar el atributo verdadero del *ser*, la palabra *individualidad* en vez de *libertad*, vocablo corrompido por la hipocresía, por el error, por el prejuicio y por el crimen — los grandes elementos del *orden* actual.

No se nos venga á rebatir con el viejo eufemismo de que es *libre* quien puede ó quien tiene «libertad interior». No es esa libertad interior, la libertad que yo reclamo como ente humano. Esa que queda reclusa en los claustros y en los cementerios, en el mundo no pasa de ser un factor negativo, que reunido á otros factores será siempre menos libertad que aquella de que yo quiero gozar. Tanto menos cuanto que es cierto que los otros factores escapan de mi poder, y tanto más escapan de mi poder cuanto más perfecta es la libertad interior. Ser libre interiormente á pesar de todo es, por tanto, la más vulgar de las banalidades, como dice muy juiciosamente Stirner. Cuando el hombre piensa haber vencido una tiranía, ó tener asegurado un derecho, es cuando comienza de nueva la lucha, lucha cada vez más tremenda contra nuevas injusticias, contra tiranías que apenas mudaron de forma, ó de nuevos absurdos que son más terribles que los que quedaron atrás.

Después de discutir ampliamente y con lógica de hierro su hermenéutica luminosa como el sol, todas las faces del ideal que lo atrae — la *individualidad*, que Stirner asienta como fin de toda existencia concreta — el *poder de ser libre*, pero libre de todo lo que no sea su propio Yo, para él, el Individuo, el ÚNICO, no existe ni pasado, ni futuro, ni ley, ni moral, ni religión: existe el Yo. Yo sólo soy LIBRE cuando QUIERO, cuando PUEDO, cuando no reconozco autoridad alguna, ningún poder que me impida ser LIBRE.

He ahí toda el alma del futuro, abierta á la vida, segura de sí misma, consciente de sus destinos, señora de su fuerza, intangi-

ble como todo lo que es incontrastable y supremo.

ELYSIO DE CARVALHO.

Río de Janeiro, 1904.

Salmos de la ira

I

*El cielo se ensombreció de presagios
y se uniforma en una inmensa mancha...
El silencio penetra la campiña,
y la ciudad recoge su algazara,
como recogen en llegando al puerto
su velamen las barcas...*

*Es la hora de las vagas inquietudes,
de las indefinibles añoranzas,
de los grandes anhelos que se tienden,
como para morir, sobre las almas...
; de los hondos anhelos que palpitan,
y se yerguen, y luchan, y se agrandan,
con todos los esfuerzos que evasperan
la rebelde agonía de una llama!*

*Es el triste momento en que la sombra
es un cósmico espíritu que baja
á hablar con las conciencias pensativas,
en su extraño lenguaje sin palabras.
Es el momento del dolor tranquilo,
que desde el fondo de la vida se alza,
como espectro que surge de una tumba
bajo la inmensa noche desolada...*

*Es la hora en que las frentes se reclinan
de los recuerdos en la suave palma,
y los vivos se vuelven á los muertos,
mientras los muertos por la vida pasan,
La hora que Víctor Hugo, ¿no te acuerdas?
consagró á la plegaria;
(la oración es un pájaro nocturno:
cuando llega la noche, abre los alas);
el instante en que todo gesticula
con la solemnidad de las montañas...
la hora gris, la enemiga del relieve,
impropicia á la Forma, iconoclasta
del Color; el momento en que se funden
en el cielo sin luz las lontananzas,
mientras va desfilando por la mente
un vuelo de canciones de la infancia...
; la hora gris! en que sube el pensamiento
á la torre más alta,
para abarcar de una mirada sola
de la existencia el vasto panorama,
y observar la ondulante carretera
por do vienen y van las esperanzas...!*

II

*Vamos, pues, á pensar! Dobla la frente
sobre el ayer, y en la profunda calma,
deletra el recuerdo que al pasado
con indelebles signos epitafia...
; que la vida se vuelva hacia la muerte,
ya que la muerte por la vida pasa!*

*Dejemos pronto la ciudad dormida, —
que mirando hacia atrás no se adelanta,
y extendamos por cima del presente
la flejea polar de una mirada:*

III

*Reflexiona conmigo en los que viven
la beatífica ausencia del nirvana,
más inútil é inerte que la muerte,
más que la muerte, oscura y apartada,
que el cadáver, al menos, es abono,*

*y en la infinita evolución, substancia;
mientras que los esclavos de la inercia,
odres, si puede ser, llenos de nada,
sin la ansiedad de una pasión, ni el brío
de un ideal que mueva sus palabras,
estorbos solamente, que en la senda
del humano progreso se levantan,
limo oscuro en los mares del trabajo,
que á las quillas detiene ó las retarda,
inmóvil bajo fondo que entorpece
el camino de todo lo que avanza,
que dificulta á las corrientes nuevas
su orientación en medio de las aguas,
que está para absorber y va absorbiendo,
aunque no quiera, las fecundas savias, —
esos, como en un campo los abrojos,
sólo del suelo las potencias gastan
y sólo rinden un servicio al suelo
después que el sol los pudre en las barrancas..*

*Piensa en ellos, si acaso se merecen
que alguien detenga alguna vez la planta
para observar en el trajín humano
sus vilezas de eunucos y de mandrias.
Piensa en ellos, y arrójalos encima
el desprecio del Dante: GUARDA E PASSA!*

IV

*Piensa después en todos los que tienen
la riqueza en la mano, como un arma,
forjada con la sangre de los pobres
en el yunque de todas las infamias,
con la que hieren el orgullo humano
y mutilan y veján... ¡y no matan!
En los que sobre el carro de los Césares
de estas actuales Romas degradadas, —
donde Césares son los que han vencido
del interés en la feroz batalla,
donde Crespo ha ceñido la corona
por la estrella del Víctor constelada; —
en los que sobre el carro del triunfo
cruzan el circo de las nuevas Lacias,
arrastrados por hombres ¡no por bestias!
que al no tirar, el carro los aplasta...*

*Piensa en ellos y envíales conmigo,
más que una maldición, una amenaza,
y sobre el Sinaí de la conciencia
quede vibrando, como un puño, el alma!*

V

*Dirige luego los videntes ojos
hacia toda esa turba descastada
que pone los grilletes al que piensa
y al que pide un derecho, la mordaza;
que temiendo á la luz, en los cerebros
no deja entrar la claridad del alba,
y enemiga del vuelo de la idea,
clausura á piedra y lodo las ventanas
que dan hacia risueñas lejanías
por un lujo de auroras enfloradas...
que erige las mentiras en verdades
eternas é intangibles, cual murallas
defensoras del huerto en que maduran,
para Pluto, simbólicas manzanas,
; cercos en donde estrellarán sus olas
de la Razón las épicas audacias!...
Piensa en los que juntando en un inmenso
montón las energías proletarias
las hicieron arder, como rastrojos,
de fetiches absurdos ante el ara,*

incendio por el cual sus ambiciones quedaron satisfechas ó aumentadas, al tiempo que los ímpetus de abajo hechos cenizas en montón quedarán, para que encima del montón pudiesen dormir sus digestiones los que mandan...

Piensa en los que colocan á los hombres frente á frente, en un campo de batalla, logrando que en las carnes valerosas hunda el Rencor el filo de sus dagas! haciéndolos matarse, cual si fuesen fieras que han de vivir de lo que matan. Piensa en ellos; inclina la cabeza por la visión horrible doblegada; el más cortante acero de tus odios con majestad serena desenvaina, y hazlo flamear ante la negra turba cual del Arcángel cengador la espada. Replégate en ti misma; haz en tu pecho una acumulación febril y magna de todos los rencores y de todas las más viriles ansias; recoge bien tus bríos, cual si fueses á saltar de tu bíblica montaña, y deja desplomar sobre esa chusma tus iras sacrosantas!...

VI

Y piensa luego en los que van pasando por entre el mundo, como sombras trágicas, cargados de tristezas seculares, de miserias candentes y de lacras, soportes de una luz que no les llega, Hércules de la edad, modernos Atlas, porque son el sostén en que reposan la vanidad, el lujo, la abundancia, otros tantos planetas que gravitan ¡ay! sobre sus espaldas.

Piensa que hundidos en la sombra gimen y gimiendo trabajan y trabajan... sin poder conseguir para sus hombros la hora en que puedan deponer la carga, y sacudirlos, una vez al menos, libres, al sol, como si fuesen alas!

Ellos ven por detrás de los cercados el jardín de Semíramis; y pasan! sabiendo que el pensil nunca ha de abrirse, ¡jamás! á su desgracia.

Ellos ven á través de los cristales los esplendores de la orgía báquica y se alejan, hambrientos y cansados, á esconder sus miserias resignadas...

(De un libro de próxima aparición).

Historia de la mentalidad humana

¿Cuál es la historia del hombre individual? Comienza su vida en un estado ambiguo de la materia, no difiriendo en nada de la forma original del animal ó de la planta más rudimentaria. Se convierte, en seguida, en una célula; su vida es precisamente la de un animalculo. Otras células se agrupan alrededor de la primordial, y en este punto el hombre ha llegado al estado donde se le podría tomar por una ostra aún no desarrollada; crece todavía, y se le podría comparar á un pez; sucesivamente, en su evolución, se va asemejando: primero, á un cuadrúpedo imperfectamente organizado, más tarde á la misma forma, pero más perfeccionada.

La hora del nacimiento se aproxima; replegado en la obscuridad de la matriz, es la imagen del simio, la caricatura del hombre

próximo á surgir á la vida. Nace, y después de un corto período, camina en cuatro patas; no profiere más que sonidos inarticulados; cuando es adolescente, su pasión por encaramarse á los árboles, se asemeja á un resto de la vida arbórea.

Cada hombre, en el principio de su evolución individual, ha sido una cosa tan simple, que el observador más experimentado, ayudado por el más potente microscopio, no podría, al mirarla, preveer si ella se convertirá en hombre ó en planta, en hombre ó en microbio, ó en molusco, ó en reptil, ó en pájaro, ó en cuadrúpedo, ó en simio... ¿Por qué, entonces, parece extraño que la raza humana haya pasado por las etapas de animalculo, de reptil, etc...?

No solamente los cuerpos, sino los espíritus de los hombres, están contruidos so-

Acuérdate, mi bien, de esos que sufren por los que nunca padecieron nada, ¡de esos que uncidos al pesado carro, van rugiendo una pena que no acaba!

VII

Piensa en ellos: no reces y no llores. Si aconseja rezar, Hugo se engaña: la oración es la inútil cantilena con que se hacen dormir dentro del alma á las iras más justas y más grandes que han de soliviantar nuestra desgracia ¿Llorar? el llanto es el segundo riego que hace crecer la ponzoñosa planta cuyas fuertes raíces se introducen, tentáculos de pulpo, en las entrañas de la vida presente, hecha de angustias, montón de cobardías y de máculas, cieno tan sólo, pestilente cieno donde el Dios de bondad aun no soplara.

¿Llorar? No llores, que llorando hacemos lo que el amante de la griega fábula, que «á fuerza de llorar crecer hacia el árbol que con lágrimas regaba.» Ya Garcilaso, el divo Garcilaso, nos lo ha contado en su castiza fabla: «¡que con llorarla crezca cada día la causa y la razón por qué lloraba!» No llores, pues, que por virtud del llanto creció de Dafne la viciente planta.

Resignarse es morir! No te resignes, que la resignación es una malla con que la religión del galileo los miembros del que sufre aprisionara, para tenerlo inmóvil é impotente, preso de la cerviz, entre sus garras!

Diles á cuantos gimen que se pongan, desafantes, en pie, frente á la valla que se opone al avance de sus sueños ¡que erijan su valor ante la crápula! Si tienen que llorar, díles que crujan; que se llenen de odio las entrañas, que tengan la altivez de sus doctores, y si quieren pedir ¡díles que vayan á pasar por los ojos de sus amos los dos puños repletos de amenazas!

EMILIO FRUGONI.

bre el modelo de los animales inferiores. Procurarse los alimentos, obtener una compañera, criar una familia, he aquí los verdaderos fines de la vida, entre nosotros como entre ellos. Si nosotros estudiamos, descubrimos tendencias que nos demuestran que nuestra inteligencia se ha desarrollado de una forma inferior. Examinando la mentalidad de los animales inferiores, encontramos los rudimentos de nuestro talento y de todas nuestras facultades. Como el bello cuerpo humano, todavía imperfecto, ha surgido lentamente de las criaturas viles y repugnantes, acuáticas y terrestres, así la hermosa inteligencia humana ha surgido de los instintos de los animales inferiores. Todo lo que es elevado, todo lo que es bello en la naturaleza humana, tiene su origen en el reino inferior de la animalidad. El espíritu de investigación filosófico ha surgido de la curiosidad bruta.

El genio artístico es una expansión de la facultad de imitación de los monos. La legalidad y la piedad, las virtudes del respeto, han surgido del amor filial. La filantropía y la magnanimidad y las virtudes de la generosidad, tienen su origen en el amor de parentesco.

El sentido del decoro, proviene del sentimiento de la propiedad, el cual ha devenido del instinto sexual. El amor delicado y ardiente, la religión del corazón endulzando y refinando la vida entera del hombre, la afección noble y pura, sin tacha de sensualidad, es derivada del deseo que impulsa al animal macho á buscar su hembra; y la timidez sexual que impulsa á la hembra á huir del macho, se ha transformado en la modestia y el pudor de la virgen, que la protegen contra el vicio y que semi ocultan, bajo el velo de la castidad, los amores apasionados y ardientes.

Hay gentes que prefieren afirmar que sus antepasados han degenerado merced á sus propias locuras, antes que gloriarse de que han avanzado en el mundo gracias á su talento y á su fuerza. Es el mismo sentimiento mezquino, el mismo orgullo de nacimiento que hace que infinidad de seres humanos prefieran creer que son ángeles caídos más bien que monos perfeccionados.

En las investigaciones científicas no hay que tomar en cuenta tales fantasías. Nuestro deber es ir al descubrimiento de la verdad, y luego proclamarla con toda la decisión y

claridad posibles. No se deben respetar los prejuicios de los hombres, si no destruirlos. Pero se podrá consolar á los espíritus débiles demostrándoles que la naturaleza humana no está envilecida por las revelaciones de la ciencia. El cuerpo de la mujer, no deja de ser hermoso porque haya sido una vez un montón informe de carne. La modestia de una virgen no es menos noble porque nosotros sepamos que fué, en los comienzos, una mera propensión dictada probablemente por el miedo al dolor. La belleza de la inteligencia es tan verdadera cuanto la belleza del cuerpo, y jamás dejaremos de estimarlas porque constatemos que ambas han pasado por etapas embrionarias. Soberbio método de la naturaleza es el de tomar cualquier cosa mezquina, repugnante y grotesca, y de construir con ella, por medio de leyes generales y graduales, leyes también viles y crueles, una obra estupenda de hermosura. Y este método, no sólo á los individuos lo aplica la naturaleza, sino á toda la creación animada; á las formas físicas y á las formas mentales.

Cuando nosotros realizamos y comprendemos que el genio del hombre se ha desenvuelto siguiendo una larga línea ascendente, que partió de las simples impulsiones de la célula primitiva, y que, en último lugar, el desenvolvimiento del hombre ha sido ayudado por el mismo hombre, por sus mismos esfuerzos conscientes, ¡qué porvenir glorioso prevemos para la raza humana!

Es muy probable que nuestra inteligencia no haya llegado todavía á su pleno desarrollo, y que algún día estará tan lejos de nuestra inteligencia actual, como esta lo está de la de los insectos ó los gusanos. Porque si nosotros examinamos el espíritu humano, no lo encontramos nunca perfecto y maduro, sino de una condición anfibia, en estado de transición. Habitamos entre dos mundos; nos elevamos por la atmósfera; corremos sobre la tierra; tenemos aspiraciones de creaturas é instintos de cuadrúpedos. Y no hay más que una explicación á este hecho: estamos en el terreno de transición que nos lleva del animal á una forma superior; representamos el segundo acto del gran drama de nuestro planeta.

WINWOOD READE

(Traducido de *The Martyrdom of Man*).

La filosofía anarquista en el Japón

Un corto artículo sobre la filosofía anarquista en el Japón, no está demás en este libro, por el hecho de que, los partidarios de esta doctrina, en las islas del Asia Oriental, pretenden dar origen á sus teorías en aquellas de Lao-Tse, es decir, en el Taoísmo. Siempre quedan incertidumbres sobre el pun-

to de saber si los preceptos enunciados por esta escuela, al menos en la forma actual, no son una adaptación de las ideas europeas á aquellas que han sido profesadas en China en una época anterior, en muchos siglos, á la era cristiana.

Los japoneses, en efecto, han sentido, en

todos los períodos de su existencia nacional, la necesidad de dejar las huellas de sus ideas en los pueblos con los cuales las circunstancias los pusieron en contacto; y, marcando estas huellas, han dado prueba de poseer las más estupendas facultades de asimilación de que se pueda encontrar ejemplo en la historia antigua y moderna del mundo entero.

Desde su llegada al Japón, pusieron en práctica un sistema que mucho ha contribuido a asegurarles una verdadera superioridad intelectual sobre las demás poblaciones asiáticas. Invasores de un territorio ocupado por los *Aino*, lejos de tratar á los aborígenes como vencidos, y de no tener otra idea que la de explotarlos, se esforzaron en probarles que ellos eran sus hermanos ó, á lo menos, que el príncipe *Ivaré-hiko*, su jefe, lejos de ser un extraño para ellos, era de la misma familia que sus dioses indígenas y que los jefes de sus tribus. Sostuvieron en consecuencia, que su llegada no debía ser considerada como una invasión de enemigos, pero sí como la vuelta de compatriotas al país original de sus antepasados comunes.

Los japoneses, descendiendo de la emigración á cuya cabeza la historia coloca al emperador *Zimmou* (nombre chino que ha sido dado á este príncipe mucho después de su muerte) trabaron muy pronto relaciones con la península de Corea, vecina de sus grandes islas. Por este camino es que ellos aprendieron el arte de la escritura, hecho que parece establecido, si bien algunos paleógrafos creyeron poder sostener que existió un antiguo sistema gráfico, cuyas huellas se hubieran encontrado en el Japón y que remontaría á una época anterior á las primeras relaciones de este país con el continente.

El contacto de los japoneses con los coreanos debió naturalmente hacerles conocer bien pronto al mundo chino. Y, á partir de este momento, los hombres instruidos del Japón se honraron en provocar en medio de ellos el nacimiento de una estúpida y notable falsificación de la China literaria. Como en el Celeste Imperio, donde se reconocía una clase de hombres superiores — la de los adeptos de la enseñanza moral filosófica de Confucio — los japoneses llegaron á establecer en sus islas, una suerte de casta preeminente y una doctrina llamada «de los letrados», (*Zyntan*). Entonces se dijo, apoyándose para esto en la doctrina de *Mó-si* (el *Meng-tse* de los chinos, comúnmente designado en Occidente con el nombre latinizado de *Mencius* que le dieron los antiguos misioneros), que el hombre, teniendo una cabeza y brazos, la cabeza debía comandar á todos los otros miembros.

La introducción del Taoísmo tuvo más tarde en el Japón el carácter de una protesta contra los privilegios y las primacías, á los cuales pretendían las clases aristocrá-

ticas de los Letrados; pero parece que esta protesta no haya pasado de ser una querrela de eruditos, que no ejerció más que una influencia muy poco sensible sobre las costumbres de los japoneses y aún sobre el desenvolvimiento de su civilización.

Las viejas creencias sintoístas y el vasto panteón de la *Kami-no mitsi* hicieron además imposible, todavía por largo tiempo, la difusión de los principios revolucionarios de Lao-tse y de los principales discípulos de su escuela. El budismo sólo pareció haber conseguido modificar profundamente el espíritu religioso y las tendencias especulativas de los insulares del Japón.

En efecto, la grande y poderosa doctrina india atribuida al buda Cakya-Mouni, enseñada de haber sufrido violentas persecuciones, consigue obtener, á la larga, un número considerable de adeptos fervientes y entusiastas sobre toda la extensión de las islas del Asia Oriental; los mismos Mikados acabaron por enarbolar al frente de su palacio imperial, la bandera de esta religión, y todo esto hasta el punto de abandonar voluntariamente su título de *Ten-uau* (Soberano celeste), reemplazándolo humildemente por el de *In* (Monasterio).

No parece, pues, imposible admitir que la filosofía anarquista, de la que el *Tai-Chang* (el Muy Alto) — es decir Lao-Tse, — fué el más célebre representante, si no el iniciador, como ciertos sabios orientalistas parecen creerlo, haya tenido serios y durables fundamentos en el Japón, en los tiempos que han precedido la aparición de los Europeos. Sería más exacto decir que la filosofía social de los Taoístas no ha sido introducida entre los japoneses mas que en una época muy reciente, y en todo caso posterior á la del envío á Europa de las primeras embajadas del Siangoun de Yedo y del Mikado que actualmente ocupa el trono.

Desde una decena de años, se ha formado en el Japón un pequeño grupo de novadores que, bajo el título de *Kobé*, profesan doctrinas Taoístas, en muchos respectos análogas á las teorías de los anarquistas contemporáneos. Este vocablo *Kobé* significa comunmente «la cabeza»; pero no es imposible que sea pura y simplemente una transcripción del nombre de *Cabet*, pues sus miembros hacen siempre uso de la palabra *suteru*, que significa «abandonar», pero que muy bien podría ser una abreviación de la palabra «falansterio», pues se pronuncia comunmente *rter*. Lo mismo pasa con la expresión *Kon-sei-dé-ran* («los desórdenes que han surgido en la época actual»), expresión que sin duda no ha de ser otra cosa que el nombre de Víctor Considérant; y con la palabra *ikari* («ancla de navío») que recuerda la Icaria del célebre socialista francés.

La secta de los anarquistas representa sus miembros como simples adherentes de la filosofía de *Rausi* (el *Lao-Tse* de los chinos); pero las ideas que preconiza y de

las cuales reclama la aplicación en la vida social, son, bajo varios puntos de vista, diferentes de aquellas del célebre émulo de Confucio. Ella no adopta precisamente el sistema del comunismo, pues admite la institución americana del *homestead*, según la cual todo hombre tiene el derecho de poseer una propiedad fundiaria inembargable, pero de una dimensión estrictamente determinada con anterioridad. Se podría preguntar, cómo es que semejante institución se podría hacer práctica sin la existencia de un gobierno, que los anarquistas niegan de una manera absoluta.

Los anarquistas japoneses consideran la existencia de los ejércitos permanentes como una de las principales causas de mal social y de la ruina de los pueblos. Y condenan la posesión de las armas y de todos los aparatos de destrucción. En el caso en que, por una invasión extranjera ó un ataque brutal, la legítima defensa y el nombramiento de un jefe para dirigir á los soldados sea necesaria, está bien entendido que si se juzga al jefe digno de una recompensa por su valor, esta debe siempre consistir en una casa-habitación, en la que todas las cámaras, sin exceptuar una sola, tengan vistas sobre un cementerio, á fin de recordar continuamente al triunfador, la sangre que ha hecho derramar (Cf. *Tao-teh-King* de Lao-Tse, cap. xxx y xxxi) Nadie debe poseer armas, ni otro instrumento de destrucción. (Ibid., cap. LXXX).

No solamente los reyes, sino también los jefes, quien quiera que ellos sean, son objeto del desprecio de los anarquistas japoneses y su deber es hacer todo lo posible para que no existan reyes ni jefes (Ibid. xvii).

La inacción, la ignorancia, la ausencia de fuerza, la falta completa de elocuencia, son las prerrogativas de los sabios llamados á

conducir al pueblo sin pretender gobernarlo. (Ibid.).

Pero, proclamando la inacción como un deber del hombre sabio, parece que los anarquistas japoneses no hayan hecho otra cosa que pedir prestada una palabra á la lengua religiosa de los taoístas y de los budistas; pues, según todos sus compatriotas, ellos dan continuamente pruebas de una febril actividad, reclamando toda suerte de transformaciones en el estado social en medio del cual viven, y reivindicando la necesidad de cumplir innumerables reformas en las costumbres y en las instituciones.

Contrariamente á la doctrina, los sectarios de *Dai-Bouts-Hoteké*, que proclaman la necesidad de cultivar la ciencia, y en particular la de los *kitzéga*-budhistas que admiten que el hombre puede llegar á su destino supremo únicamente esforzándose por todos los medios para llegar «al Conocimiento», los anarquistas japoneses sostienen que el estudio no puede tener otro resultado que el de llenar el espíritu de ideas falsas, porque nosotros nada podemos saber de real, por lo cual en consecuencia, es mejor no enseñar nada á los niños, antes que conducirlos á la escuela para enseñarles mentiras. Las lecciones de la historia, sobretodo, no tienen otro fin más que introducir en los cerebros jóvenes, fábulas absurdas que no hacen más que atrofiar la razón infantil, falsear el juicio y desmoralizar el corazón.

Los taoístas anarquistas del Japón creen, en fin, que todo gobierno, cualquiera que sea su forma, no puede efectuar más que actos nefastos y que los crímenes existen entre los pueblos porque en medio de estos se han establecido jueces y se han fabricado leyes, siempre injustas é intempestivas.

D. MARCERÓN.

Notas anti-científicas

Accidentes naturales

En nuestra civilización, cada día ocurren accidentes debidos á la ciencia; en una sociedad libertaria científica (anarquía), ocurrirán lo mismo, pero con menos frecuencia. Pero siempre existirán los accidentes naturales, inevitables en cualquier régimen social. En la Vida Natural, los accidentes científicos no podrán ocurrir, lo que prueba la superioridad de la Naturaleza sobre la civilización. De la lógica, surge la simplicidad. Del ilogismo, nace la complicación.

Luz natural y artificial. — Calor

Vosotros todos, gentes de buena fe, convendréis en que la luz artificial (electricidad, alcohol, petróleo, acetyleno), es inferior en belleza y en claridad á la luz natural:

el día. Igualmente, el calor artificial es inferior al calor natural: el sol ó el fuego de leña. Pero lo artificial es indispensable en la civilización y es la causa de que se gasten tantos esfuerzos, tanto trabajo, tantas víctimas. Nada de esto ocurrirá en el estado de Naturaleza.

Aerostación.

Yo comprendo que la gente se ocupe de cuestiones de alimentación, de morada, de vestimenta: esto es natural y útil. Lo que no es ni natural ni útil es que los científicos vengán á afirmar la absoluta necesidad de los aerostatos (para no hablar más que de estos), para volar por los aires. Si la naturaleza no nos ha hecho alas como á los pájaros es porque no tenemos necesi-

dad de ellas para vivir, como no tenemos necesidad de todo lo artificial que cada día nos estrangula más en sus mallas poderosas.

Anarquismo

Desembarazar la teoría anarquista de su

La dictadura de los muertos

«Volved atrás la vista, — nos dicen ciertos hombres de cuerpo frágil y doblado como el mimbre, — inspiraos en lo pasado».

Oid, hermanos, *mi* credo: pasado el abismo quemad el puente, cortad la retirada á los tráfugas, olvidad el ayer para anhelar el mañana.

Si vuestros padres están contra vosotros, ¿por qué no renegar de ellos?

En muchos oídos sonarán mis palabras con ecos de rebato presagiando desastres y hecatombes. Siempre la voz del profeta es nuncio de desgracia.

Mirad aquella masa de hombres que se acercan hacia nosotros; van á lo futuro, como va todo, pero van á pesar suyo. Vedlos, caminan despacio, lenta y torpemente, caminan al revés, vueltas las espaldas al ancho camino que ante ellos se extiende... Si pudieran, marcharían hacia el ayer, desandarían lo andado, pero como á pesar suyo la marcha universal los arrastra, caminan de espaldas; ya que no sus pies ni su cabeza, sus ojos gozan de la, para ellos, espléndida visión de lo pasado.

Son esclavos de lo extinguido, seres que padecen bajo la dictadura de los muertos...

Venid. Mi camino forma aquí un recodo, esta es una de las vueltas del camino, que muchos llaman un retroceso y que es una marcha hacia adelante. Venid, caminando iremos en dirección contraria á la suya y podremos estudiarlos al paso.

Ved este hombrón, alto y arrogante, la mitad de su cuerpo sobresale sobre las cabezas de los demás; no sé si los otros van de rodillas ó si él usa zancos, los zancos de la autoridad y del poder que *mi polilla* roe ha tanto tiempo.

Oid sus palabras: habla de los héroes que fueron, de los mártires que pasaron, de las luchas que hubo, de las conquistas que se hicieron, habla de todo lo que fué, y su voz tiene modulaciones de llanto y sus ojos se humedecen viendo como cada paso atrás le aleja de lo de ayer.

Oid á este poeta: canta el pasado, la año-

envoltura científica; simplificarla para hacerla más apta á la comprensión popular, llegar hasta el fin de la lógica—la Vida Simple—y combatir á la ciencia, último prejuicio al cual obedecen todavía los anarquistas, tal es el fin de los *naturiens* ó libertarios anticientíficos.

HENRI ZISLY.

ranza y el recuerdo, y vedlos llorar á todos lamentando su marcha forzada.

Apartémonos de ellos, hermanos míos: hacia arriba, siempre adelante vayan nuestros pasos.

Romped, romped con todo lo pasado... quebrad la cadena del recuerdo, que oprime el espíritu y esclaviza el pensamiento...

Olvidad, hermanos. El recuerdo es la anulación de nuestra personalidad, sobre la cual las personalidades pasadas acumulan pensamientos é ideas contrarias á nuestras necesidades.

Recordar es morir. Olvidad, hermanos. El olvido es fuente inagotable de nueva vida, tierra fecundante de ideas nuevas. Olvidad para vivir.

Hay que olvidar lo pasado para alcanzar la libertad futura. Hay que vivir deseando para no morir recordando. Antes una mala quimera que un buen recuerdo.

Ojo firme y mano cierta. Con el hacha del deseo, cortad, cortad las ligaduras del recuerdo.

Sólo nuestro grandioso deseo de superarnos podrá contrarrestar la maléfica influencia de los seres muertos cuya dictadura pesa sobre nosotros y nos ciñe el cuerpo y nos empuja hacia atrás. Cortad, cortad hermanos, todas las ligaduras.

Detrás quedan apenas ruínas, desolación y muerte. ¿Quisiérais revivir nuestra vida, padecer de nuevo las mismas angustias y llorar los mismos dolores? No, seguramente no. No lo echéis, pues, de menos, y aún cuando lo lamentéis, olvidad, olvidad... Incendiad el puente de los tráfugas, que el miedo es contagioso...

«Inspiraos en lo pasado, volved atrás la vista»; así solloza el hombrón de los zancos, y la multitud de hombrillos—cangrejos que le rodean, llora con él, tendiendo los brazos á lo ido.

Tapad vuestros oídos, fijad la mirada en lo que viene, y abandonando lo presente alcanzaráis más pronto lo futuro...

JUAN MAS Y PÍ.

Bibliografía

• **La inferioridad mental de la mujer**, por P. J. MOEBIUS—Edición de la casa Sempere y Cia., Calle Isabel la Católica, 5.—Valencia.—MOEBIUS, con su libro, hace un estudio social, desde el punto de vista psiquiátrico y filosófico, de la mujer, considerándola, por lo tanto, mental, moral, social y físicamente: la coloca entre el niño y el hombre, con menos peso del cerebro y un desarrollo cincunvolucional deficiente; experimenta el dolor, según Lombroso, menos que el hombre: dominada más por el instinto que por la reflexión, unilateral, su moral es moral de sentimiento y no de raciocinio; HARTMANN lo vió muy bien: vive pendiente de la familia y todo lo demás apenas la interesa; no crea ni inventa; es reflejo: en música, arte de su dominio, no trajo el más mínimo adelanto. lo mismo que en pintura, literatura, ciencia, culinaria, etc., debiéndose todo progreso al hombre.

Esta deficiencia es útil, necesaria: «las exaltadas *modern-style* paren mal y son pésimas madres»; la enseñanza superior de la mujer inadapta y sus funciones naturales: disminuye la procreación y escasea la secreción de la leche.

En toda la escala zoológica dice Lombroso que la inteligencia se halla en razón inversa de la fecundidad: las abejas heredan una peculiar inteligencia á expensas de la sensualidad; su reina, la única susceptible de preñez, es un ser estúpido.

MOEBIUS opina que la *cerebración* martiriza á la mujer, lo que le indigna, asombrándose de que, así como protestamos del mal trato que dan al hígado, gracias al *corset*, no protestemos de igual suerte por las violencias que se acarrea al cerebro.

La mujer ha de ser, no una neurósica intelectual sino una comprensiva, sana y fecunda, porque el hombre *nerveosismo* la necesita así, como contrapeso, ya que si no, los dos, se separan de la naturaleza, matando á la prole y extinguiendo la familia... puesto que la cultura femenina es á la mujer lo que un tumor al aparato humano.

Cuando la joven rechaza, en los colegios, gimnasios é institutos, la educación de lujo, olvidando todo lo que aprendió, es porque la naturaleza la socorre contra la tiranía de la escuela.

En la vejez el criterio femenino es lamentable: al contrario en el hombre, y no se debe confundir la volubilidad del lenguaje con la actividad mental que ella no desarrolla por vivir de pensamientos prestados.

Y concluye: «desde el momento en que hoy todavía la mayor parte de las jóvenes se casan, conviene hacer lo posible para prepararlas al matrimonio».

En resumen: para MOEBIUS, la mujer—salvo excepciones de psicohermafroditismo ó masculinización femenina—debe educarse lo más sobriamente posible, aprovechando de sus gracias (las que posee entre los 18 y 23 años) para asegurarse de los defectos físicos que la sobrevienen tempranamente y que no se perciben en la madre, lo que le asegura un rol social útil y un porvenir tranquilo.

El libro está casi panfletísticamente escrito, pero hay sinceridad en el autor, y, ante todo, un buen caudal de observaciones concretas.

MOEBIUS no es un involutivo, todo al contrario; hasta se perfila como defensor del amor libre, un tanto comunista, casi enemigo de la propiedad y algo escéptico de las instituciones.

Editado por la casa valenciana de Sempere, cuya producción abundante y seleccionada no necesita recomendaciones; este libro está llamado á entablar grescas entre los *feministas* y hombres nuevos que buscan la completa emancipación de la mujer.

De la sociedad conyugal (INTRODUCCIÓN), por el doctor Eugenio J. LAGARMILLA. Montevideo.—El autor de *Las acciones en materia civil*—obra que los profesionales, extranjeros y uruguayos, juzgaron con alto elogio—acaba de publicar la introducción á su obra *De la Sociedad Conyugal*, presentándonos la im-

perceptible evolución del estado civil de la mujer, á partir de los tiempos griegos (ya que los ciclos anteriores no son del dominio del Derecho, sino de la Antropología sociológica), hasta nuestros días, donde la mujer se ve regulada, en su acción y en su posesión, por el criterio de Justiniano.

El doctor Lagarmilla, como frío evolucionista, estima que la libertad integral de la mujer se irá implantando, poco á poco, con el ejercicio de sus derechos. El autor no abre, parece que de exprofe-so, juicio filosófico sobre las doctrinas, morales y jurídicas, que rebajaron el estado civil de la mujer, á pesar de prestárselo Morgan y Engels con sus dos concepciones, evolutivas también, de la sociedad, (por influencia sexual y económica). Y á nuestro entender, la obra del jurisperito ha de ser algo más que una cronología histórica de lo legislado.

Una exposición y razón de criterios científicos modifica al derecho, que de especulador pasa á positivo.

Creemos que Lagarmilla, en sus trabajos posteriores, nos dará algo más que mera jurisprudencia: si la hay, JURISPRUDENCIA CIENTÍFICA.

Harto se ve en sus obras una mentalidad fría, correcta, bien dispuesta para una labor de esfuerzo, quizá una de las mejores de su generación, cualidades que deben rendir su fruto aún en cosa, para nuestro excecpticismo sobre lo legal, tan fútil como el derecho... impreso en papel, para uso de los *dile-tanti* y teorizadores, en pugna con las prácticas y... con las esperanzas de los ingenuos, hoy que no se ve más derecho que el de la prepotencia ancestral, el capricho de las alturas y el astuto dominio de los «dirigentes», expropiadores de todo derecho y anarquistas, pero *anarquistas* en la peor acepción de la palabra...

Los ideales de la vida, por William JAMES, Barcelona, *Henrich y Cia.*, editores.—La expectación que va despertando la psicología, el problema de la evolución social por la educación, la necesidad de mejorarnos por el respeto mutuo precedido de un conocimiento del hombre y de su medio interno y externo, hace que el libro de JAMES (dedicado á los maestros) sea algo así como un evangelio que debemos compartir con el gran pan diario, penetrándonos de su ciencia y su doctrina, de sus comprobaciones y de sus aspirabilidades, para gloria y provecho de todos y cada uno.

JAMES no es, como psicólogo evolucionista, un psicologista árido, tecnizador; y con esa peculiaridad del carácter yanqui, con ese gracejo objetivador y didáctico, enseña que lo útil debe primar sobre lo ideológico, lo contenido sobre lo continente, la conquista del bien en su más sencilla forma sobre la especulación ética de mayores trascendencias.

Obra dedicada á la enseñanza—exposición psicológica de los primeros enunciados de la conciencia—la necesitamos todos, desde los más serios dómnes hasta los más simples, incluyendo padres, literatos, obreros, estadistas.

El niño que ha de ser despertado á la vida social, con aptitudes para una buena supervivencia, á veces es el hombre político, artista, operario ú hombre de negocios cuya comprensión del mundo es nebulosa y cuyo rumbo no se marca por exacta brújula directora.

JAMES psicólogo, es JAMES ameno, festivo á veces, tierno y de una bondad infinita para con el error. No se vanagloria de su saber, no dogmatiza, encuentra que hasta su adversario HERBERT—partidario de la teoría psicológica *intelectualista*—no está exento de verdad, y halla que en muchas cuestiones de orden interno, de Locke á nuestro tiempo se adelantó muy poca cosa.

F. B. Basterra.

Revista de Letras y Ciencias Sociales. De Tucumán nos ha llegado esta interesantísima revista argen-

tina que tan hábilmente dirige el notable escritor Ricardo JAMES FREIRE. Viene perfectamente repleta de amenas é importantes colaboraciones de plumas acreditadas de aquel vecino país.

Son dignas de mención las siguientes producciones: «*La campaña antituberculosa*», trabajo científico humanamente inspirado en presencia de las malas condiciones de vida que soporta la clase proletaria de todos los países, acosada por la doble epidemia del hambre y la peste.

«*El Sueño de una noche de invierno*». Hermosísima composición poética, de inspiración y sentimiento, en metro libre, del señor Leopoldo DIAZ. Como nota personal del temperamento del poeta es de una subjetividad simpática. — Muy erudito y bien meditado el trabajo del señor Felix PETRI sobre «*La lengua francesa en la República Argentina*». — No menos agradable y bello el trabajo literario del señor Manuel DIAZ RODRIGUEZ, titulado «*La Voz de Siringa*». — «*Ecos*», «*Verdugo y Sultán*», «*La corrida de Toros*». «*El desprecio de la vida en la guerra de Oriente*», «*Concurso de muñecas*», «*El silencio australiano*». — Simpáticas é interesantísimas notas de actualidad, narradas con la magia de estilo y el ilustrado criterio que caracterizan al señor Ricardo JAMES FREIRE.

No menos lúcidos conceptos vierte á propósito de la guerra del Extremo Oriente, donde el desprecio de la muerte llega al punto de que una batalla significa muchas veces el aniquilamiento total de las vidas. «*No hay héroes*» «*Todos matan y todos mueren*».

Muy concienzudo y evidencial el trabajo de contrarreplica á LUGONES á propósito de la crítica bibliográfica hecha en dicha revista á su libro «*El imperio Jesuítico*» por el señor J. B. TERÁN. Son objeciones hechas no sólo al fondo sociológico del libro en que le tacha su inconducencia en una obra de historia, sino á sus excesos gramaticales y conceptos de lingüística á propósito del libre uso de los neologismos.

Trae además importantes traducciones y trabajos de jurisprudencia.

En busca de la Verdad, por L. M. GRACIA, obrero manual de Zaragoza. La empresa de hacer un libro, llevada á cabo por un obrero, es ya de por sí mismo bellamente significativa y de consoladora esperanza para el pueblo. Aparte del interés que un esfuerzo de esta índole en un trabajador pueda despertarnos; hemos de ser sinceros sin embargo en el juicio que nos merece la presente obra. El estudio que el autor ha intentado hacer de KEMPS es completamente deficiente y pobre por la ausencia de conceptos filosóficos que en él se revela y hasta por la falta de intuición misma que no le permiten apercibirse en muchas de las máximas de KEMPS, de su fondo libremente filosófico y humanamente moral. — Se nota la escasez de conceptos propios y de muchos conocimientos elementales que le permitan desprenderse de las nuevas formas del prejuicio que impera en el espíritu de la masa, incompletamente emancipada del error y el fanatismo.

Sintetizando: detrás de este libro no hay una conciencia libertaria que marque á la causa del trabajo medios de lucha emancipadora ó de redención á la causa humana universal; hay sencillamente un moralista común que predica las virtudes cristianas en vez del espíritu de rebelión y la *razón de la fuerza*, únicos medios que para el triunfo debe emplear la clase obrera en su lucha á muerte contra la prepotencia del capital.

Julio R. Barcos.

Faut-il prêcher la Paix? Controversia entre Ch. RICHER y M. SPROCK—Edición de *Le Cri du Quartier*, T. Av. des Gobelins, París—El periódico socialista *Le Cri du Quartier*, órgano de los estudiantes de París, nos envía este folleto que encierra la controversia verificada ante el público del Barrio Latino, entre el doctor Charles RICHER, el gran pionero de la paz, y el diputado nacionalista M. SPROCK.

La paz es posible, sostiene con buen derecho RICHER, y si los hombres se han asesinado entre ellos hasta el presente, esta no es una razón para que persistan las luchas fratricidas. Negar la posibilidad de la paz internacional, es negar la civilización y el progreso.

A la tesis científica, filosófica y humana del profesor RICHER, el diputado SPROCK opone la tesis nacionalista basada en el odio á los hombres que viven más allá de nuestras fronteras. Sus argumentos justifican muy bien el pasado, pero son ridículos y estúpidos para aplicarlos al porvenir y tanto más al presente.

Forma este folleto de controversia, un volumen de 70 páginas.

Ideólogo, por Fabio Luz—Tipografía Altina (Río Janeiro)—Hacia algún tiempo que conocíamos el nombre de Fabio Luz, y siempre habíamos leído con sumo gusto los bellos artículos publicados en *Kultur* de Río Janeiro. No lo conocíamos como novelista y jamás esperamos que tan buena impresión nos causara la lectura de la novela *Ideólogo* que tanto éxito obtuvo, y que hoy su autor nos envía con una elogiosa dedicatoria que agradecemos.

Encanta ante todo en esta obra, la claridad y la limpieza cristalina del estilo,—cualidad tan rara en los novelistas—y la sobriedad en las descripciones. Estas prendas tan encomiables hacen de *Ideólogo* una narración sencilla—bellísima por esa misma sencillez,—que se lee con inmenso deleite y que deja en el espíritu una impresión inolvidable.

Lo que aun hace más simpática la obra, es el criterio humanitario en que está inspirada. Su autor, libertario cristiano, ha concentrado en su protagonista, el *Ideólogo*, todas las ideas de amor y de justicia que alberga en su generoso pecho. Elisa, la dulce compañera de Anselmo, es una figura hermosamente pintada, que impregna de un suave perfume de amor las bellísimas páginas de esta novela que tanto nos ha agradado, y por la cual felicitamos sinceramente al autor.

Contre les dogmes, por Han RINER—Edición de *Le Cri du Quartier*.—En un claro y brillantísimo estilo el autor, bien conocido como poeta y periodista, expone su pensar sobre los dogmas todos, ya sean religiosos ó científicos. Proclama su absoluta independencia de toda escuela y después de haber expuesto razones de peso para probar lo absurdo de todo dogma y los males inmensos que al pensamiento causan, proclama el derecho á la satisfacción de las necesidades metafísicas del espíritu que quiere volar con entera libertad alrededor del misterio, sin que obstáculos de ninguna especie le estorben.

E. Bianchi.

El mulato, por Aluizio AZEVEDO—Librería de la Universidad (Montevideo)—Hermosa novela de costumbres, inspirada en un alto ideal humanitario—Aconsejamos su lectura.

Revistas—ARCHIVOS DE CRIMINALOGIA, Calle Cuyo número 1131 (Buenos Aires)—El último número que tenemos á la vista es notable por sus trabajos firmados todos por notabilidades científicas. 50 páginas de la revista están ocupadas por un hermoso estudio de INGEGNIEROS, sobre *La anarquía Argentina y el caudillismo*. Dignos de mención son también los trabajos de Horacio PINERO sobre *La enseñanza y programa de la psicología* y el de G. PALANTE sobre *El dilettantismo social y la filosofía del superhombre*.

Mercure de France, 15, Rue de l'Echaudé (París)—El número de Septiembre trae un sumario espléndido. Entre los más notables trabajos citaremos: *Nietzsche et la pensée française*, de J. DE GAULTIER — *Virgile puni par l'amour*, de A. RETTE, etc., etc.

Con el próximo número termina el abono que corresponde al 2.º semestre del año. La cobranza de la próxima suscripción, para el año 1905, comenzará en el mes de Diciembre venidero.

Llamamos la atención sobre la espléndida PRIMA (váase la cubierta) con que obsequiamos á los nuevos suscriptores anuales.